

de la fe de Cristo, sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, según nos consta; y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado.”

Con declaración tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera evangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo

otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardón; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

VI

Nuevas Empresas.—Ultima peregrinación

La planta había arraigado y era ya un árbol que crecía vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que descendía de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raíces no sólo profundizasen en la tierra, sino que se extendieran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles excelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religión: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde había escrito “Amparo y protección á los desvalidos.” Pero era menester que esta enseña flamease en los más remotos

ángulos del territorio nacional, y que la divisa fuese conocida de todos sus habitantes.

Para lograrlo, el buen fraile no sólo emprendió viaje á Guatemala y fundó el primer convento de aquella provincia, como se ha dicho, sino que procuró y realizó el establecimiento de otros en las cercanías de México, y aun en los distritos más lejanos como la Mixteca, enviando á este fin á los religiosos que conceptuaba más inteligentes, activos y virtuosos.

Fruto de este celo, merecedor de toda alabanza, fué por de pronto el convento de Tepetlaoxtoc, dedicado á Santa María Magdalena.

En seguida, y cuando vinieron de España otros ocho religiosos, fundáronse las casas de Oaxtepec, donde aprendieron la lengua mexicana, y sucesivamente las de Chimalhuacán, Chalco y Coyocacán. En una palabra, el año de 1591 tenían ya los religiosos dominicos en nuestro país sesenta y seis casas, con el competente número de conventuales, en las que se enseñaban las lenguas indígenas habiendo algunas que sabían hasta siete, y predicaban en todas con notable maestría.

Mas perdamos de vista por un momen-

to el principio y adelantos de la orden dominicana en México, para seguir al P. Betanzos en sus últimos días. De ninguno más propiamente que de este hombre venerable se pudo decir que su vida fué una peregrinación sobre la tierra; aunque si se fija la atención en las muchas que hizo y en los bien sazonados frutos que de ellas obtuvo, se deberá concluir, ó que en él han vivido al mismo tiempo otros hombres, ó que supo con las obras multiplicar su existencia hasta el grado de hacerla equivalente á la de muchos.

Esto, que se presenta con visos de paradoja, es realmente una verdad para quien estudia su vida. Desentendiéndonos esta vez del período de su juventud, ya de su yo interesante por las eminentes virtudes que en él ejercitó, y tomando el hilo de su historia desde que dejó el convento de San Esteban para venir á América, ¡cómo no admirar á un hombre á quien el exceso de vida obligaba á entrar y discurrir por distintos senderos, si bien para llegar á un solo término, hubo de sentir en su alma un vacío que no podía llenar sino lo infinito, y he aquí por qué desplegaba esa actividad inagotable, siempre creciente, siempre eficaz y bien dirigida, que le hacía adoptar no un medio solo, sino muchos, para con-

seguir el fin que se proponía: por esto aparece su vida una y múltiple; su carrera abraza al mismo tiempo otras carreras, y la aptitud que tiene para una la acredita para todas: por eso le vemos en el claustro perfecto cenobita, en la predicción ardiente apóstol, en la ciencia letrado distinguido, y en la sociedad cristiano severo y filántropo sublime.

Pero el noble viajero se acercaba á la meta, que había tenido siempre á la vista, y cansado del camino, sólo deseaba reposar en el Señor. Todas las épocas de su vida están señaladas por otras tantas peregrinaciones, y le había llegado su vez á la última. Cuando joven, le vemos dejar á Salamanca, donde su virtud podía suscitarle peligros, y encaminarse á Roma: de allí parte á sepultar esta misma virtud en el retiro de la isla de Ponza: cinco años después regresa á Salamanca y viste el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban: en seguida toma el báculo y las sandalias para dirigirse á San Lúcar, donde se embarca rumbo á la Española: de esta isla viene á México; de aquí va á fundar su orden á Guatemala; vuelve luego que ha llenado cumplidamente su objeto, y emprende de nuevo su camino

á Roma para solicitar de la Santa Sede la independencia de la provincia de México de la de la Española, que pretendía tenerla sujeta. Pasado algún tiempo, le vemos aquí de regreso, dedicado, como antes, á sus tareas evangélicas. Y cuando agobiado por los años, pero no abatido, esperaban todos los que tenían la fortuna de conocerle que exhalaría en esta tierra el último suspiro, quedan atónitos al observarle emprendiendo una nueva peregrinación en compañía del P. Fr. Vicente de las Casas. ¿A dónde dirige sus pasos el anciano apóstol?

Fijos lleva los ojos en el Oriente, donde brilla una luz divina que le embriaga y atrae con magia irresistible. ¿Será la imagen de la patria que hermosa y radiante como un ángel le invita á morir en su regazo? Pero el discípulo de San Pablo no tiene más patria que el suelo donde hay hombres que gimen. Otro es el imán que ejerce en su alma tanto imperio; otro el lucero cuyos fulgores le hechizan.

Allá en las regiones de la aurora contempla una tierra sagrada, objeto del culto y de las bendiciones del mundo; tierra de amor y prodigios, sembrada de tiernas memorias, y teatro donde se representó el drama inefable de la reden-

ción del género humano. . . . Allá le llevan sus ansias, quisiera volar en alas de su anhelo, y despreciando la cárcel del cuerpo, su mente salva las distancias. Quiere regenerarse en las linfas del Jordán y apagar la sed en los ríos que nacen del Edén perdido; quiere aspirar las brisas impregnadas del olor de los cedros del Líbano, contemplar en su majestuoso aislamiento á la ciudad deicida, y meditar á la sombra de los olivos seculares que inclinaron sus ramas para acoger la tristeza y sublime agonía del Hombre-Dios; ¡quiere morir en la Tierra Santa!

Pero quiso Dios llamarle á sí antes de que se cumplieran sus deseos. Embarcóse para España; navegó con próspero viento, y en el mes de Julio de 1549 aportó á San Lúcar. Continúa su camino, sin encontrar el más mínimo estorbo, y con esto cobra nuevos bríos su esperanza; mas al llamar á la puerta del convento de San Pablo en Valladolid, se siente gravemente enfermo, y algunos días después deja de existir para el mundo.

Refiérese que poco antes de expirar, ocupado todavía en la suerte de los indios, anunció en tono profético su completa desaparición, "de suerte que antes

de muchas edades se había de preguntar de qué color eran los que vivían en estas tierras antes que los españoles viniesen á ellas." ¡Tales serían los tratamientos que recibían entonces de parte de los nuevos señores de este continente! Y vosotros ¿hemos hecho lo posible por impedir ó á lo menos aplazar el cumplimiento de esa profecía? ¿Qué deben los hijos de la raza conquistada á los actuales descendientes de los conquistadores? Ya no existen los repartimientos, ¿pero ha desaparecido la servidumbre de las haciendas? Los progresos de la civilización han hecho pedazos la vara del encomendero, mas ¿quién piensa romper el látigo del mayordomo? ¿Quién se propone de buena fe disipar la nube de ignorancia que envuelve á la clase indígena? ¿Dónde están las escuelas gratuitas que se hayan fundado en los pueblos para instruirla? ¿Quién de nuestros gobiernos ha pensado enjugar sus lágrimas y respetar sus dolores, esos dolores íntimos y silenciosos que sobrelleva sin murmurar? ¡Libertad y reforma! ¡Religión y ínteros! ¡Progreso! ¡Garantías!. . . . Palabras huecas para nosotros, sonsonete de voces cuyo sentido es arbitrario, sombras sin substancia, máscaras de ideas sin ideas. Los crédulos, los embaucado-

res, y también los amantes de la verdad, salgan de las capitales y vean qué son las instituciones en un pueblo de indios. La libertad es allí el trabajo torzado y la explotación del hombre por el hombre; las garantías son la leva; el progreso es el *statu quo* de la ignorancia; la reforma el *requiescant in pace* de los abusos; la religión, la idolatría.

¡Oh!, en medio de tantos declamadores sin meollo, de tantos hombres de Estado que no han salido de garitas, de tantos apóstoles sin fe ni caridad; en medio de las entidades que se disputan el poder como una presa, de la afluencia de ambiciones ridículas ó descabelladas, de los proyectos absurdos, de las miras innobles y de los principios-pretexos; en medio de los sepulcros blanqueados de la política, ¡cuán satisfactorio es apartar la vista del mezquino panorama del presente, y salvando horizontes más limpios, llegar á una edad remota, trasladarse á un recinto sagrado y asistir á los últimos instantes de hombre humilde, que ha empleado la vida en bien de sus semejantes, sin ostentación ni esperanza de recompensa! ¡Cuán grato es observar que en aquella hora suprema, su último pensamiento es para la humanidad, y el último suspiro que exhala para una raza oprimida!

La noticia de la muerte de Betanzos se propagó en España y América, con la rapidez del relámpago, y en todas partes se consideró la pérdida de este hombre como una calamidad. Valladolid se conmovió, y todos sus moradores se agolpaban á las puertas del convento pidiendo á voces que se les permitiera contemplar los restos del varón esclarecido, muerto en olor de santidad. Dificultad hubo en evitar que no acabasen por dejar desnudo su cuerpo venerable, pues tanto así era el empeño que cada uno tenía en quitarle un retazo de sus vestidos, para conservarle como sagrada reliquia, reliquia del santo apóstol mexicano, como entonces le llamaban.

Así acabó sus días este hombre singular. Consagrado á las tareas apostólicas de una manera exclusiva, si bien atesoraba buenos conocimientos en todas materias, apenas tuvo tiempo para escribir. La única obra suya que ha llegado á nuestra noticia, tiene por título "Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso F. Diego de Córdova."

Pero sujetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos

CAPITULO DE ECONOMIA
MUNICIPIO DE VALLADOLID
D. C. E. L. 1881

aspirado ese perfume delicioso, y aún sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos, es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazón no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardentemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegación, y el de sus hermanos hasta el sacrificio

VII

Calamidades

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco recorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma, porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la más descollante, quedan otras de segundo orden no menos amables, que irá contemplando el lector en el cur-

so de esta narración. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina, que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado, (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un joven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocación, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado, mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monje más austero hubiera observado un levisimo lunar en su conducta; mas apenas transcurrieron algunos meses después que hizo la profesión solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que había manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo, y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este extremo, deploraron los religiosos sus yerros, sin pretender que

se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinación que tomaron todos, de común acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir, y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por un malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que, arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habían equivocado en su elección, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupción. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un río caudaloso. Era la siesta: las aves se acogían al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las

márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de soledad.

Entre tanto, los jóvenes, recostados sobre la grama, veían espejarse las copas sombrías, y las cortinas de lianas intrincadas y caprichosas. Vaga el río mansamente, ostentando una superficie tersa y cristalina, como una alma sin doblez. El cielo, de un azul claro donde juega la luz diamantina, también se retrata en aquella agua purísima, ofreciendo la imagen de una vida tranquila, dedicada al cumplimiento del deber. Los tres espectadores se gozan en aquel cuadro, sin hablarse; dos de ellos recogen en el fondo de su corazón el placer inefable que gota á gota se desprende de los objetos; pero el otro pasa adelante con la consideración; piensa en su destino, y de recuerdo en recuerdo llega hasta los días serenos de su niñez, embellecidos por el cariño maternal, por los contentos embelezadores de la familia y por el entusiasmo religioso que Dios hace gustar á la inocencia. Piensa después en los extravíos de su juventud, y entonces el remordimiento suscita en lo íntimo de su alma una tempestad horrible que le hunde en la desesperación: quiere un instante volver al sendero de la virtud, mas lue-

go se arrepiente, cree delirar, y ríe y se burla de sí mismo.

En este instante brota del río un ruido extraño; la superficie se turba, formando olas que avanzan hasta la orilla, y en medio del agua transparente aparece un mónstruo que se dirige hacia los espectadores nadando, y con los ojos hechos brasas. Es un enorme cocodrilo.

Al verle aquéllos, dan un grito de terror y emprenden la fuga á todo correr; pero el terreno escabroso y casi escarpado, opone un obstáculo invencible á la soltura de sus movimientos, y el reptil espantoso que los sigue no descansa hasta hacer presa en el que se queda atrás á quien despedaza y devora.

Este infeliz no era otro que el fraile renegado, cuya vida y lastimoso paradero deploraron los dominicos, como una calamidad.

Con otra quiso afligirlos la Providencia, que en aquellos tiempos de fe sincera y de gran fervor religioso, se tuvo por un azote del cielo.

Hallábase en Guatemala Fr. Domingo Betanzos, y el religioso que durante su ausencia había quedado haciendo las veces de Prior en el convento, quiso decir misa cierto día muy de mañana, y antes del amanecer se encaminó á la iglesia. No celebraba el santo sacrificio

sin prepararse con un rato de oración, y acostumbraba hacerla delante del sagrario. Llegóse en esa ocasión á un sitio próximo al altar; ¡mas cuál sería su asombro al notar que la puerta del sagrario estaba abierta, y los objetos contiguos en desorden! Acércase, registra, y helado de espanto ve que falta la urna en que estaba guardada la custodia.... —¡Robo sacrilego!, ¡se han llevado al Santísimo Sacramento!, ¡el Señor castiga en nosotros alguna grave culpa!...

Tales fueron las exclamaciones que resonaron por todo el convento, y que pronto tuvieron eco en la ciudad. Día fué este de luto y consternación para los frailes, no menos que para los vecinos todos.

Salieron los primeros, y voz en cuello, con las mejillas humedecidas en llanto, publicaban por calles y plazas el desgraciado suceso, dando á conocer muy á las claras que no había medio humano que los sacase de aquella tribulación. Dispusieron, por tanto, de acuerdo con las autoridades, implorar la piedad divina en un acto solemne á que concuriesen todos los habitantes, por ver si con este arbitrio lograban conmovier las entrañas del impío que cometiera tan abominable desacato, y le decidían á con-

fesar su crimen, así como á entregarles la custodia.

En consecuencia, se hizo el día siguiente una procesión de sangre, á la que asistieron los principales vecinos, la audiencia y el marqués del Valle, que no dejaba pasar ocasiones como esta sin aprovecharlas, para acreditar más y más su amor á la religión y el gran respeto con que miraba á los padres dominicos. En ella salieron éstos, descalzos y con la cabeza cubierta de ceniza, asociados á los franciscanos, y todos presididos por el P. Fr. Martín de Valencia, que al mismo tiempo iba predicando. Adoptó por texto las palabras "quem queritis?" que dirigió Jesucristo á los judíos que venían á prenderle, y desarrollando todo su sermón sobre ese tema, hacía derramar abundantes lágrimas al auditorio.

Tal fué el modo con que procuraron aquellos frailes sencillos, reparar el sacrilegio. La autoridad, por su parte, hizo también lo posible por descubrir al criminal, pero en vano; todo el fruto que dieron sus pesquisas, fué el haber hallado á orillas de la laguna varios fragmentos de la urna susodicha.

La tercera de las calamidades que nos hemos propuesto referir, no cayó directamente sobre el convento de Santo Domingo; pero siendo un suceso pertene-

ciente á la historia general del país, en que figuran los religiosos á un tiempo como víctimas y como ángeles de caridad, sería culpable omisión no consagrarle algunas líneas. Para esto, nos trasladaremos al año de 1575.

Algunos antes, habían celebrado los españoles el quincuagésimo de la toma de la capital, con públicos festejos, en que tuvieron participio los indios, como si quisiesen demostrar que, olvidados de sus antiguas glorias, no daban ya ningún valor al holocausto de su independencia, y más bien se afanaban en adornar con rosas el yugo que los oprimía. Depuesta la actitud hostil que no pocas veces habían manifestado recién hecha la conquista, empezaban á complacerse en el letargo que produce la costumbre de la esclavitud, y ya sólo apetecían una paz no interrumpida. Pero el cielo, que miraba su envilecimiento con desdén, iba á mandar sobre ellos, no los desastres de la guerra, pero sí los males de una plaga más terrible.

A la aparición de un cometa sucedió un día la de las parelias, que se vieron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. De aquí tomó ocasión el vulgo para hacer anuncios funestos, y el resto del año se pasó en continuos sobresaltos.

Mas por una de aquellas raras coincidencias que se efectúan en el orden de los humanos sucesos, el siguiente año vino á justificar los temores que se habían concebido. Una peste horrible empezó á desarrollarse entre los naturales, con tal vehemencia, que para curarla no bastaban los muchos médicos que había, y aunque éstos se hubieran multiplicado, no hubieran sido de provecho, siéndoles incógnita la causa y sus remedios. “No sabemos (dice el P. Cavo, de quién es esta noticia) en qué lugar haya comenzado, pues los autores lo callan. Lo que consta es que por más de seiscientas leguas desde Yucatán hasta los Chichimecas, corrió con tal mortandad de los naturales, que en la historia de México no tiene ejemplar.

“Entrada la primavera, sin haber precedido causa alguna, comenzaron los mexicanos á sentir fuertes dolores de cabeza, á éstos sobrevénia calentura, que les causaba tal ardor interior, que con las cubiertas más ligeras no podían cobijarse. Nada los recreaba más que el salir de sus pobres casas y echarse ó en sus patios ó en las calles, lo que hacían los que carecían de asistencia: á esto se agregaba una perpetua inquietud, y sobreviniéndoles flujo de sangre á las narices, á los siete ó nueve días morían. Si alguno, por

dicha, escapaba de este fatal término, quedaba con tal debilidad, que á cada hora temía la muerte.

“Ninguna casa de los mexicanos fué exenta de esta calamidad, por haberse pegado la peste de unos á otros, y esta fué la causa del grande estrago que hizo. Aquellos que ó no tenían deudos que los asistiesen, ó cuyas familias todas estaban contagiadas, no teniendo quien les ministrara aquel corto alimento de atole, como llaman en México, ó de poleadas de maíz, morían de hambre; y fueron tantos los que murieron por esta causa, que acaso á los principios, mayor estrago hizo la necesidad que la peste. Está no perdonó sexo ni edad, y causaba horror entrar en las casas de los apestados y hallar á los moribundos niños entre los cuerpos de sus difuntos padres.

“Los mexicanos, casi atónitos con aquel imprevisto estrago, como si su raza hubiera entonces de acabarse, caían en una profunda melancolía que les era fatal. Mexicanos hubo que se contagiaron de miedo. A la verdad, este azote de la divina justicia tenía tan maligno carácter, que no se puede explicar, y por lo mismo, pareció cosa extraña, mucho más teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles é hijos de ellos gozaban de salud.

CAPITULO DE LA PESTE
DEL REINO DE YUCATÁN
D. C. R. L. I.

“El Arzobispo, que era á la sazón Don Pedro Moya de Contreras, y el virrey Don Martín Enríquez, cada uno por su parte pensó en levantar hospitales en que se curaran los apestados; pero imposibilitado este arbitrio por ser la peste general, llamaron según conjeturo á los médicos más insignes y los exhortaron á que averiguada la causa, aplicaran los remedios convenientes; pero éstos, después de muchas juntas y repetidas disecciones de cadáveres hechas en el hospital Real por el Dr. Juan de la Fuente, nada determinaron, pues en los anatomizados no observaban sino hinchazón en el hígado, y así, jamás atinaron con los remedios: lo que á los unos sacaba de las fauces de la muerte, aplicado á otros les abreviaba la vida: las sangrías y demás auxilios del arte, nada aprovecharon.

“Viendo esto el Arzobispo, llamó á los superiores de las religiones y les encomendó el cuidado de los apestados. Encargados éstos, conforme al número de sujetos que tenían, los padres franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, se distribuyeron por aquellos barrios de los indios, de esta manera: los unos llevaban los alimentos y medicinas; otros oían sus confesiones, les administraban el viático, extremaunción y los exhortaban á morir cristianamente: en

seguida venían otros que sacaban de las casas los cuerpos muertos, y llevaban á enterrar á las iglesias vecinas: esto se hacía á los principios; pero después, cuando la mayor parte de los naturales estaba contagiada, en los cementerios, que por lo común están delante de las iglesias, se abrían profundas fosas en donde les daban sepultura eclesiástica.

“Tuvieron gran parte en el piadoso trabajo de asistir á los apestados, no sólo los clérigos, sino también los seculares; pero sobre todos, las matronas, mujeres é hijas de españoles, que se mostraron en esta ocasión madres de los desvalidos indios; corrían éstas acompañadas de sus criadas por aquellos barrios, de casa en casa, limpiando las horrúras de los enfermos. Conociendo, como era verdad, que la incuria y desaseo eran causa de tanto mal, los proveían de ropa limpia y les suministraban los alimentos más delicados que su caridad les sugería; y como para el cuidado de los enfermos están dotadas de particular gracia, á muchos libraron de la muerte.

“Esta asistencia poco más ó menos tuvieron los indios en las poblaciones donde habla muchos españoles; pero en aquellas en que sólo ellos habitaban, todo el cuidado de los apestados cargó so-

bre los curas, religiosos, que sallan de sus conventos ó casas al amanecer, gastando el día en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos, ni volvían á sus casas sino al Ave María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido éstos, se ignora. Se sabe solamente que de los Padres Franciscanos murieron muchos, ocho de los Padres dominicos y uno que fué el Rector de los Padres Jesuitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de México, no pueda dar razón individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningún español se contagiò sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del excesivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generación los nombres de los bárbaros, que por saciar la ambición ó la codicia, derraman la sangre de sus hermanos; apláudense los crímenes de los grandes

guerreros de oficio, hienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, ¡y se condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad!... ¡Almas sublimes!, ¡piadosos desconocidos!, ¡gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habéis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; ¡mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores!, ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la lección que nos dáis en vuestra vida!

VIII

Nuevo Servicio.

Hubo antes, en 1545, otra peste, que también atacó solo á los naturales, y en los seis meses que duró, hizo desaparecer cinco partes de la población de esta